

## La unión de dos mundos

Ella se daba un chapuzón en la playa disfrutando del vaivén de las olas y del radiante sol. De repente apareció en el horizonte lo que parecía ser una canoa pero de gran tamaño, con unas telas blancas sostenidas con altos palos, nunca había visto algo igual.

Con curiosidad observaba aquella embarcación que poco a poco se acercaba navegando por el inmenso mar. Salió del agua y corrió a llamar a los amigos que se encontraban cerca. Todos, asustados se escondieron detrás de las palmeras. La playa quedó solitaria, vieron con sorpresa aquello que jamás en su vida habían visto, era muy rara, ¿quiénes serían esas personas? ¿Serían de otra tribu?

La nave se acercó y descendieron hombres, extraños, pero hombres al fin, se parecían a ellos en el físico, dos piernas, dos brazos, cabeza, pero... eran de diferente color de piel, mucho más claros que ellos, aunque estaban tostados por el sol; algunos tenían pelos en la cara, pero no eran monos.

Todos escondidos observaban cómo iban bajando de aquella extraña canoa. Se fueron adentrando en el bosque. No llevaban arcos y flechas, algunos llevaban unos grandes cuchillos y otros unos palos colgados al hombro.

Uno de los recién llegados la descubrió detrás de una mata de coco y se le acercó sorprendido, quedó prendado de esa figura pequeña con una bella cara y un cabello negro y lacio cubriendo su cabeza, guapísima; ella asustada salió corriendo y se adentró en la montaña, él la persiguió. Los demás compañeros de ella se quedaron escondidos esperando los próximos acontecimientos.

Los visitantes no les descubrieron, era su hábitat y conocían el bosque como la palma de su mano, además, acostumbrados a la caza, se podían casi que mimetizar con los árboles o subir a ellos y utilizarlo de sitio de observación.

No se habían olvidado de la chica que corrió, solo la seguían con la vista desde lo alto, pendientes de los próximos sucesos. Dispuestos a matar al extraño si fuera necesario.

A los forasteros les pareció que el lugar no era el que ellos buscaban, el que les habían indicado y decidieron regresar al barco para seguir su viaje, pero con la fortuna o desgracia que el que perseguía a la chica se perdió y no se percató que los compañeros lo habían abandonado.

A la india Mara le atrajo ese hombre que se apeó de la canoa y fue en su búsqueda, su color y el pelo en la cara le parecían muy atractivos, y además era diferente a los integrantes de la tribu y a cualquier otro conocido por ella, pero sentía miedo de él.

De repente ese hombre blanco perdido en el bosque se vio rodeado de esos hombres y mujeres que lo observaban con curiosidad, estaba atemorizado, les hablaba pero no le entendían; los indios también le hablaban y él tampoco entendía. Sus compañeros de viaje no aparecían para ayudarlo, el grupo entendiendo su frustración, lo condujeron a la playa y le señalaron la nave que ya iba lejos, imposible de alcanzar a nado. Qué terrible suceso para ese pobre hombre blanco, se había quedado abandonado en una tierra extraña y con seres diferentes a él.

El hombre no salía de su estupor. Aunque iba armado con un cuchillo, no se atrevió a hacer frente a aquel grupo de desconocidos ¿y para dónde iría luego de atacarlos?, eran muchos, acabarían con él. Los indios lo agarraron, desarmaron y ataron, llevándolo a la aldea donde habitaban junto a familiares y amigos. Al rato regresó Mara. Lo amarraron a un horcón mientras deliberaban y decidían qué hacer con aquel extraño... Los demás de la aldea le recibieron recelosos, pero sabían que no haría nada en contra de ellos, no tenía ninguna posibilidad de atacar.

El blanco observaba que las casas eran diferentes a las por él conocidas, estaban construidas con horcones y techos de paja, varias formando un círculo. Los habitantes estaban semidesnudos, los niños sin nada de ropa.

Pasaron los días y Mara observaba al visitante, se encargaba de darle de comer y se fue encariñando con él. Fueron confiando una en el otro, estaban seguros que no se harían daño. Solicitó que lo liberaran, «para dónde podía huir, estaba en una tierra desconocida». Pero él sintiéndose en libertad y aprovechando un descuido de sus captores, corrió hacia el bosque a la mayor velocidad que pudo sorteando los diferentes obstáculos, ella lo siguió sin que él se percatara. De repente ella oyó un grito de terror, corrió y lo alcanzó, lo había picado una serpiente; rápidamente sacó su cuchillo cortó donde se veían los dos orificios de los colmillos y con fuerza succionó la herida, intentando sacar todo el veneno. Luego le puso unas hojas y amarró con un cordel arrancado de su guayuco. Ayudándolo lo llevó de regreso a la comunidad, donde le prestaron auxilio.

Poco a poco se fueron haciendo amigos. Lo llevaba de paseo por el bosque, la playa, le enseñaba su forma de cazar y él con gusto fue aprendiendo sus costumbres y lengua,

al fin era mejor que él aprendiera su lengua que ellos la de él, aunque Mara sí fue aprendiendo palabras en español.

Él había quedado prendado de aquella chica inocente que le sonreía y con la que se sentía protegido de los demás habitantes de la tribu. Se había enamorado de esa hermosa extraña.

Un día en la playa, alejados de los demás indios, él tomó su mano y la rodeó con sus brazos, posando sus labios sobre los de ella, produciéndose un temblor extraño en ambos; se sentían muy a gusto unidos por ese abrazo. Ella lo miró profundamente y corrió hacia el bosque incitándolo a seguirla, hasta llegar a un espacio lejos de las chozas, donde no les perturbara la mirada de ningún curioso. Mara alzó sus brazos, rodeó su cuello y lo besó, a lo que él no pudo resistir y lentamente prosiguió a acariciar su cuerpo y a hacerle el amor a la luz de la luna.

De allí en adelante permanecieron unidos y felices para siempre. Ese español nunca se hubiera imaginado que por un descuido quedaría unido a una hermosa indígena y anclado a una tierra extraña, en otro mundo.